

NUEVO PERFIL DEL ATENEO

LA Prensa ha glosado un cambio de nombre que entraña un interés no sólo por el hecho en sí, sino por la causa que lo ha producido. La distinta denominación que ahora ha servido de pretexto para que los cronistas de más de cincuenta años recuerden con nostalgia y acierto los diversos locales que ha recorrido el Ateneo desde su fundación, tiene una importancia superior a la consecuencia lírica inmediata, que fluye abundante de los que un día fueron jóvenes y pasearon sus figuras por entre los hombres que eran sus amigos y representaban en las diferentes actividades de la vida nacional una significación a la que daban apellido.

Pero lo que sobre esos comentarios merece ser destacado es la persona que ha realizado el trasiego de los títulos que califican al edificio. Y lo es, aparte de un mérito singular, porque representa un modo de sentir y de hacer. La figura de Pedro de Rocamora, fuera de su clara e inteligente actuación política en justa trayectoria ascendente, es la del nuevo escritor y pensador que se ha producido en esa concreta actuación como síntoma de una generación. Y el propósito ha llevado consigo algo más decisivo que una resurrección típica de «la Cacharrería» y de las tertulias más o menos intelectuales que allí o cerca de allí hablaban y hablaban: ha sido un impulso de devolver a lo que era fundacional en el Ateneo su

justo prestigio y su exacta definición. Ha querido, en disposición sentimental e ideal, rendir tributo de rescate a los nombres verdaderamente preclaros que las vociferaciones de pasados años ahogaban la voz; ha conseguido devolver con el nombre la limpia ejecutoria empañada por los que, cercanos a los que pensaban, no entendían los pensamientos. El Ateneo se ha recobrado, y ha tenido la liberación de mano de un joven intelectual de nuestra hora, con el refrendo ministerial de quien cada día dota a España de un organismo cultural en la amplia tarea de rescate y nacimiento encomendada. Y la voluntad de uno ha sido confirmada por el otro en el entendimiento perfecto de devolver al viejo Ateneo su signo y su gracia. Se ha hecho una limpia sustitución de lo castizo por lo clásico, y en ese sano modo de entender y de ser ha sido promotor Pedro de Rocamora, que, con la más limpia estirpe tradicional de intelectual, conoce la categoría que un nombre puede dar y el rango para los que entran de nuevo, tras la necesaria etapa magníficamente coronada por el padre Mateo.

Y en ese buen entendimiento de la pausa, en ese plazo cumplido, ante la vida que comienza y que nunca será ya la de olvidadas y fenecidas vocinglerías, el eslabón ha quedado unido a la sana tradición, que puede tener como referencias a Donoso o Menéndez Pelayo, entre tantas otras, para en la paz continuar la labor interrumpida junto a las bibliotecas, y también en esas palabras al aire a las que tan aficionados somos los españoles para acaso dejar en ellas prendidos nuestros mejores pensamientos. Y la comprensión de todo puede estar representada en el Director general de Propaganda, que ha interpretado en el tiempo preciso un anhelo común.

S. CAMARGO.